

Y así se acostó luego importunada de sus hijas, diciendo: ¡Oh vá-lame Dios, hijas, y que cansada me siento! ¡mas ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caído mala entre ellas. Levantóse otro día á la mañana; anduvo mirando la casa; oyó misa, y comulgó con mucho espíritu y devoción. Y de esta manera cayendo y levantando anduvo ocho días, en los cuales con andar con notable flaqueza rezaba el oficio divino, y comulgaba cada día, que era el sustento y virtud que le daba fuerzas no solo al alma, sino también al cuerpo. Y aunque esforzaba para disimular la enfermedad, pero ella se comenzó á descubrir conocidamente, y así el día de San Miguel después de haber oído misa, y comulgado, apretada de las congojas y dolores que padecía, se rindió á mas no poder y acostó en la cama y pidió la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podía oír misa. Estuvo todo el día y una noche embebida toda, y transportada en oración donde entendió de Nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso, que aunque había mas de ocho años la había revelado el Señor el año en que había de morir, y lo traía escrito en cifra en su breviario, y se lo había dicho así al padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Segovia se había despedido, diciendo no las vería mas en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenían entendido casi todas las monjas de aquella casa, pero no consta que supiese el día hasta este punto, que sin duda fué para ella la mejor nueva que en su vida tuvo, por ser lo que mas tenía en ella deseado. Que si la vida trabajada de los justos no tuviese el bien escondido en la muerte, no podría tolerarse, por ser esa no muerte, sino vida, donde toman puesto en aquella patria de eterna felicidad y descanso. Y le dijo á la madre Ana de San Bartolomé su compañera, como ya era llegada su partida; y que no se lo había dicho antes por no darle pena. Desde entonces no hizo ningun caso de las esperanzas que los médicos daban de su salud.

Tres días antes de su muerte envió á llamar la santa madre al padre fray Antonio de Jesus, vicario provincial, que había venido con

ella, para que la entrase á confesar; y después de haberla confesado, en presencia de otras hermanas, la rogó que no los dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida, pues era tan necesaria. Ella respondió que no se cansasen en esto, que ya tenía cerca su partida, y ya ella no era menester en el mundo. Estando en estas pláticas le dió una grande congoja, de manera que parecía se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande priesa y mandáronla bajar á donde antes estaba, por ser muy fría aquella pieza, y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas: ella se sonreía, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronla unas ventosas sajas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa; que la que en vida tuvo por gloria el padecer no lo pudo perder en esta hora, que como uno vive muere. Ibase ya acercando por la posta la última de su vida, y así vispera de San Francisco á las cinco de la tarde pidió el Santísimo Sacramento: mientras se lo traían, estaban juntas las monjas del monasterio en su presencia con gran sentimiento y tristeza, cuanta merecía el caso presente temiendo verse desamparadas y huérfanas de tal madre. Ella las manos puestas comenzó á decirles las palabras siguientes: Hijas mías y señoras mías: perdónenme el mal ejemplo que les he dado y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que mas mal ha guardado su regla y constituciones. Pidoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección, y obedezcan á sus superiores. Esto repetía muchas veces con gran fervor de espíritu: enterneciábase sus hijas como era razón, lloraban unas, gemían y suspiraban otras, y todas se compungían de ver la humildad de la Santa, y de oír las palabras que les decía.

Así como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caída y mortal que no se podía rodear en la cama sino era ayudada de dos religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella sin ayuda de nadie. Y eran tan grandes los ímpetus que el amor le causaba, que parecía se quería echar de la cama á recibir á tal Magestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplande-

ciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenia, y como si fuera mucho mas moza. Puestas las manos, y abrazado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquisimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo habia hecho. Porque hablando con su esposo que tenia delante, decia muchos requiebros, y tan amorosas y dulces razones que á todos ponian gran devocion; entre otras decia así: O señor mio y esposo mio, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mio, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado. Y como la que en vida habia sido tan zelosa de la Iglesia, por el aumento de ella habia trabajado en fundar tantos monasterios, daba en la muerte muchas gracias á Dios porque la habia hecho hija de la Iglesia, y porque moria en el gremio de ella, y muchas veces repetia estas palabras: En fin, Señor, soy hija de la Iglesia. Y este era uno de los mayores consuelos que entonces tenia su alma.

Pedia con mucha devocion á Nuestro Señor perdon de sus pecados, y decia que por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor esperaba ser salva, y á las religiosas pedia rogasen esto á Dios. En todo este tiempo repetia muchas veces estos versos. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum Deus non despicias. Ne projicias me à facie tua; et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Cor mundum crea in me Deus.* Y particularmente y mas de ordinario no se le caia de la boca aquel medio verso: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias*, que son versos de David que quieren decir: Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazon contrito y humillado. No me echés de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cria en mí, Señor, un corazon limpio y puro: todas palabras de un corazon humilde y penitente»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Yepes, historia citada.

Con tanta uncion, lleno de verdadero y profundo amor divino, continuó todavia durante algunas horas, recibiendo el Viático y la Extremauncion, en cuyos solemnes actos ella misma ayudaba á decir los salmos, y las preces y oraciones. *Notable respuesta en que se revela su humildad cristiana*, dió al vicario provincial, cuando preguntándole donde queria se llevase su cuerpo despues de muerta, «dijo: ¿tengo yo de tener cosa propia?» «¿aquí no me darán un poco de tierra?...»

Despues de sufrir grandes dolores durante toda aquella noche, quedó tranquila á las siete de la mañana del siguiente dia. Desde aquel momento, fijos sus ojos en un crucifijo que tenia en la mano, encendido el rostro como si la animase celestial contento, absorta toda en la contemplacion de su Dios, permaneció por espacio de catorce horas, hasta las nueve de la noche de aquel mismo dia, en que terminó la vida humana de la Santa, subiendo su espíritu á gozar en el cielo el premio de sus virtudes.

Fué el dia de su glorioso tránsito el jueves 4 de Octubre de 1582 y la duracion de su vida sesenta y siete años y medio, de los cuales vivió en la religion cuarenta y siete, los veinte y siete en la Encarnacion y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primitiva regla, que ella habia restituido á su ascética severidad.

## II.

El importante papel que hace en el siglo xvi la Santa escritora, cuya biografia acabamos de apuntar, es calificada, y no sin falta de razon, como milagroso por algunos escritores de los muchos y muy distinguidos que se han ocupado de la vida y escritos de la Santa<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Citaremos principalmente á este propósito al distinguido académico D. Eugenio de Ochoa en el prólogo á las obras de Santa Teresa, publicada en el Tesoro de Escritores místicos Españoles: Paris, Librería Europea de Bandry.